

SECCION SEGUNDA.

COMPRENDE LOS SIGLOS X Y XI.

§ CLX.

Fuentes.

Los Cronicones de Sebastian de Salamanca y del Monje de Albel-da que nos han guiado hasta los tiempos de D. Alfonso III acaban con este, y necesitamos acudir á nuevas fuentes en lo poco que nos dejaron los cronistas contemporáneos. Las fuentes principales para los dos siglos X y XI son:

El Monje de Silos, que alcanza hasta fines del reinado de D. Fernando I: *Monachi Silensis Chronicon*. (*España sagrada*, tomo XVII, 2.^a edicion).

Sampiro de Astorga, que alcanza hasta fines del siglo X: *Chronicon Sampiri Asturicensis Episcopi*. (*España sagrada*, tomo XIV ap.).

Su continuador D. Pelayo, obispo de Oviedo, alcanza hasta principios del siglo XII, y solo se le da crédito respecto á las cosas de fines del siglo XI, pues en todo lo demás fue crédulo y aun de mala fe. *Pelagii, Ovetensis Episcopi, Chronicon Legionensium*. (*España sagrada*, tomo XIV).

El Cronicon Lusitano, que contiene el mismo tomo XIV de la *España sagrada*, es muy diminuto en lo relativo á los siglos X y XI.

Desde esta época principian á adquirir grande importancia los fue-ros y cartas pueblas, otorgados á varias villas y ciudades, como tambien á varias de nuestras mas célebres iglesias y monasterios.

§ CLXI.

Resúmen de esta seccion segunda.

El siglo X principia por tres hermanos, que destronando á su Padre, suceden unos en pos de otros en el usurpado solio de Asturias y por breve tiempo.

El siglo XI termina con otros tres hermanos, entre los que se reparte la monarquía cantábrica, y que despedazándose unos á otros vienen á terminar desgraciadamente sus dias, pero en obsequio del mas débil, que subiendo al trono reúne en su mano las tres coronas de Galicia, Leon y Castilla, y las aumenta con la conquista de Toledo, en que termina esta segunda parte.

El siglo IX principió en Alfonso II el *Casto*, y acabó con Alfonso III el *Grande*. El siglo XI, que principia con Alfonso V, acaba con Alfonso VI, el célebre conquistador de Toledo y fundador de la gran monarquía de Castilla.

Durante el período de los dos siglos que vamos á recorrer, la importancia de Oviedo desaparece, y el centro de la restauracion cantábrica pasa á Leon, hasta que el pequeño condado de Castilla viene y absorbe á sus señores, atrayendo á Leon, Asturias y Galicia.

Navarra y Aragon se constituyen en Estados independientes: aquel se estanca en sus augustos límites, hasta refundirse en Aragon. Los reyes de este país bajan entonces de las montañas para fijarse en la llanura: la toma de Huesca coincide con la de Toledo, y desde entonces quedan ya fijadas las dos grandes nacionalidades de España, Castilla y Aragon.

Entre tanto el condado de Barcelona se hace independiente de Francia, avanza sus conquistas, engrandece á su capital fijando la vista en Tarragona, como las otras dos restauraciones en Toledo y Huesca.

Esta es en resúmen la historia de los dos siglos que vamos á recorrer, época de transicion, oscura, ignorada, pobre en sí, pero fecunda en resultados. Por lo que hace á los árabes, al paso que crecen su civilizacion y cultura, menguan su valor y fanatismo. Almanzor sostiene sobre sus hombros el trono vacilante de los Beni-Humeyas y hace vacilar á los Cristianos; pero con su muerte acaba su importancia, y por muchos años aparece sobre el trono de Córdoba el fan-

tasma de Hixem. Los moros se presentan en la palestra, y acaba la dominacion de los árabes. Entre tanto la Iglesia de España continúa en cierto estado de letargo y postracion: si no tiene errores ni herejías, tampoco tiene apenas sábios ni doctores; si la corrupcion general no llega á ella, tampoco adelanta, ni muestra celo alguno, y antes deja languidecer la antigua disciplina hasta llegar á perderla. Cuando la Santa Sede emancipándose de la vergonzosa dependencia de los condes de Tusculo y del yugo imperial, á que está sometida durante estos dos siglos, recobra su fuerza de accion por medio del gran papa san Gregorio y principia á centralizar el poder, su movimiento llega hasta España, y la antigua disciplina, lánguida, y en parte relajada, cae á un ligero impulso de la mano vigorosa de aquel Papa.



CAPÍTULO I.

ADELANTOS DE AMBAS RESTAURACIONES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XI.

§ CLXII.

La corte de Leon. — Batalla de Simancas.

La ciudad de Leon habia adquirido una grande importancia desde fines del siglo IX: el Duero venia á ser raya de la frontera (ó Extremadura), y no podia menos de ser importante aquella ciudad, como mas próxima al teatro de las operaciones militares, que la distante corte de Oviedo. Al subir al trono Ordoño II (914) fue coronado en Leon por mano de doce obispos, asistiendo al acto los Magnates, Abades, Condes y principales Señores reunidos en Cortes ¹.

Al volver triunfante de su expedicion contra los árabes, cuatro años despues de su coronacion, entró en Leon con grande aparato, y determinó convertir su palacio en catedral, trasladándola á ella desde la mezquina iglesia de San Pedro, extramuros de la ciudad, consagrando á la Virgen la nueva iglesia.

Desde aquel momento Oviedo pierde su importancia, y los reyes de Asturias principian á titularse de Leon. Esta ciudad pudiera llamarse la corte de los Ordoños: el primero de este nombre la habia poblado, y torreado sus muros; el segundo le da catedral, la enriquece y adorna de privilegios.

¹ Las primeras noticias de ellas las da el Monje de Silos (§ 44): «Omnes si-
«quidém Hispaniae Magnates, Episcopi, Abbates, Comites, Primores, facto
«solemnitè generali Conventu, eum acclamando sibi constituerunt: imposito-
«que ei diademate à septem Pontificibus in solium Regni Legionis perunctus
«est.»

Aquí se ve ya la asistencia del brazo eclesiástico á las Cortes. En la coronacion de D. Alfonso III (§ 39) solo habla en general de los Magnates de todo el reino: «Totius Regni magnatorum coetus summo cum consensu ac favore patri successorem fecerunt.» Bien es verdad que con arreglo á las costumbres godas tambien los Obispos eran magnates.

Los reyes de esta época se esmeraron todos á porfia en realzar la nueva iglesia de su corte. Alfonso IV trueca la púrpura por la cogulla monacal, y traspasa el reino á su hermano Ramiro II, retirándose él á Sahagun. Mas, arrepentido de su renuncia, se fortifica en Leon, donde es derrotado por el victorioso Ramiro, costándole su vejeidad perder libertad y vista.

Feliz fue el reinado de Ramiro II, notable por su piedad y sus victorias. Las calles de Leon le vieron triunfante de los árabes, y de sus vasallos rebeldes¹, y llevar en pos de sí encadenado el régulo de Zaragoza Abu-Jahia² que le habia faltado al homenaje y á la fe jurada: derrotóle en la célebre batalla de Simancas juntamente con Abderrahman-Anasir de Córdoba, que habia venido en su ayuda.

Algunos historiadores³ han querido suponer, que en la célebre batalla de Simancas (939), ganada por este Rey, se aparecieron dos Angeles, montados en dos caballos blancos, que alentaron á los Cristianos y aterraron á los infieles: añaden otros que no eran Angeles sino mas bien Santiago y san Millan, aquel por los gallegos, asturianos y leoneses, y este por los castellanos. De resultas de esto hizo el conde Fernan Gonzalez un voto por el estilo del otro de Ramiro I en la batalla de Clavijo⁴. Pero este diploma contiene tantas fábulas,

¹ Masdeu, siguiendo á Casiri, supone (tomo XII, § 171) que en tiempo de D. Ramiro estuvo sitiada por los árabes la ciudad de Leon, y se dió con este motivo la célebre batalla llamada del *foso* (Alhaudic); pero esta batalla se dió con motivo del célebre sitio de Zamora, de que se habló en el cap. IV, § CLII, siguiendo á Conde.

² Sampiro (§ 22), dice: «Post hæc verò Ranimirus, congregato exercitu, «Caesaraugustam perrexit. Rex quidè Saracenorum nomine Abojahia Regi «magno Ranimiro colla submitit... Abojahia verò iterum Regem Ranimirus «fefellit, etc.»

³ Mariana, lib. VIII, cap. 5.

⁴ Tráelo Yepes en la *Crónica de san Benito*, tomo I, escritura n. 20, con el título de *Privilegio de san Millan de la Cogulla*. Pero el conde Fernan Gonzalez, á despecho de sus romanceros, no solamente no asistió á la batalla, sino que cometió la traicion de estarse quieto en Búrgos, esperando el éxito de la batalla para hacerse independiente si D. Ramiro quedaba derrotado, segun las malas mañas de los condes de Castilla, por lo cual justamente fue preso despues por el Rey. Véanse los muchos anacronismos y desatinos de esta escritura en los citados Morales y Abarca. Masdeu, tomo XII, § 174, y el Sr. Sabau y Blanco en la nota 8 al cap. v, lib. VIII de Mariana (tomo V, pág. 180 de la edicion de 1818).

anacronismos é inverosimilitudes, que los escritores mas piadosos, como Morales y Abarca, lo dan por notoriamente apócrifo. Sampiro y el Monje de Silos, escritores contemporáneos y muy piadosos, nada dicen, ni tampoco D. Rodrigo Jimenez y D. Lucas de Tuy, lo cual indica que la fábula es de creacion muy reciente, y por falsario muy torpe¹.

Los escritores árabes² hablan de esta batalla, pero ponen á continuacion otra en 940, á las márgenes del Duero, cerca de San Esteban de Gormaz, en que el mismo caudillo, vencido en Simancas, derrotó horrorosamente á los Cristianos, haciendo atroz matanza.

Muchas fueron las fábricas religiosas erigidas por D. Ramiro II como muestra de su acrisolada piedad: su hija Geloira habia consagrado á Dios su virginidad, y le construyó en Leon, cerca de su Real palacio, un monasterio bajo la advocacion de San Salvador³, en el cual fue enterrado, habiendo muerto piadosamente y con ejemplar resignacion, rodeado de los Obispos y Abades de su reino.

Cinco años despues fue colocado en el mismo cementerio de San Salvador, y junto á los restos de su padre, el desgraciado Ordoño III, despues de un breve y borrascoso reinado. Siguió tambien allí á su padre y á su hermano el rey D. Sancho el *Craso* (967), el cual para realzar á Leon, habia conseguido traer á su iglesia las reliquias del mártir san Pelayo, cedidas por el rey de Córdoba, con quien tuvo paz.

Nada digo del tremendo acompañamiento de eclipses, *estrellas con cola*, llamas de fuego, sol turbio y agujeros en el cielo: este es siempre el obligado de todos los cuentos de la edad media.

¹ El maestro Julian Perez, catedrático de Salamanca, que impugnó el voto de Ramiro I, trató de sostener este por ser de un convento de su Orden; pero sus razones y disculpas no satisfacen. (*Dissert. ecclesiast.*)

² Conde, tomo I, parte 2.^a, cap. LXXXII. Los árabes, aunque ponen una gran derrota en 939 y la toma de Zamora de resultas de ella, nada hablan de haber estado Abderrahman en la batalla: Mariana pone la batalla de San Esteban de Gormaz ganada por Fernan Gonzalez en 933.

³ Sampiro, § 24: «Ranimirus, qui erat Rex mitissimus, filiam suam Geloiram Deo dicavit, etc.» Véase allí mismo la fundacion real de otros varios monasterios á las márgenes del Ezla y del Duero.

§ CLXIII.

Almanzor abate á los Cristianos.— Saqueo de la iglesia Compostelana.

Dos niños ocupaban á la vez dos tronos principales de España, en Leon y Córdoba. Ramiro III habia subido al suyo á la edad de cinco años (967), poco despues (976) subia al de Córdoba el rey Hixem, hijo único de Alhakem, á la edad de diez años. Este era dirigido por su madre la sultana Sobeiba, mujer de mucho talento; aquel lo era por su tia la virtuosa princesa Geloira, consagrada á Dios en el claustro de San Salvador de Leon. La sagrada Escritura amenaza á los pueblos inmorales darles príncipes niños, y en verdad que los cristianos de Cantabria merecian el castigo por la relajacion de costumbres, tanto en el pueblo, como en el clero secular. Las riquezas que habian atesorado algunas iglesias, las hacian ya objeto de codicia y ambicion para hombres revoltosos é indignos de entrar en ellas: la nobleza principiaba á monopolizar los obispados mas pingües y disipar sus bienes.

Ramiro III, á fuer de niño mimado, se mostraba orgulloso é impertinente, disgustando á los súbditos con desabridas palabras y poca aplicacion á los negocios. Habia casado con doña Urraca, la cual apoderándose de su corazon le hacia despreciar los consejos de doña Geloira su virtuosa tia. Tales extravíos le costaron el trono, sublevándose contra él los gallegos, que eligieron por su rey á D. Bermudo.

Al mismo tiempo los normandos saquearon toda la Galicia y los alrededores de Santiago; y su *belicoso*¹ obispo Sisenando, saliendo contra ellos, quedó muerto de un flechazo en una refriega.

La minoría, que tan funesta era para los Cristianos, fue afortunada

¹ Nuestros historiadores, siguiendo incautamente la *Historia Compostelana* y el *Cronicon Iriense*, han pintado á este Obispo con los mas negros colores. Mas el P. Florez (en el tomo XIX de la *España sagrada*, cap. VI, pág. 140 y sig. de la segunda edicion) vindicó su memoria. Este Sisenando II fue el fundador del célebre monasterio de Sobrado, donde vivia algunas temporadas casi monacalmente. Igualmente es falso lo que dice contra Sisenando el autor de la vida de san Rosendo, de que amenazó á este de muerte y el Santo se la intimó á él.

para los musulmanes. La sultana Sobeiba, encerrando á su hijo Hixem en un círculo de placeres y juegos pueriles, confirió el mando supremo á Muhamad-ben-Abi-Amer, con el título de Hagib (ó Virrey), á quien se conoce en nuestras historias con el nombre de Almanzor. Desde el momento en que subió al poder rompió las treguas con los Cristianos, y principió á guerrear con ventajas, aprovechando las discordias de aquellos. En vano D. Bermudo el *Gotoso*, príncipe bueno y valiente, pero desgraciado; trató de oponerse á tan formidable contrario¹. Zamora fue destruida, y sus habitantes pasados á cuchillo. Leon despues de porfiado sitio hubo de sucumbir, sus muros romanos fueron demolidos, sus basilicas derruidas ó profanadas, y las vírgenes del Señor conducidas á los harems de Córdoba (997): Astorga y todas las ciudades de Leon y Castilla, con tanto trabajo ganadas y con tanta dificultad defendidas, fueron avasalladas por el afortunado Hagib-Almanzor. A su entrada en Córdoba le precedian nueve mil cautivos atados en pelotones de á cincuenta.

Para mayor mal, algunos cristianos pérfidos y ambiciosos cometieron la infamia de secundar sus planes, y aun alistarse en sus banderas. Apenas creeríamos tamaña vileza, que apuntan nuestras crónicas, si no la indicaran tambien los musulmanes². Por dos veces cuentan las crónicas árabes que se apoderó Almanzor de Santiago, la una

¹ Los cristianos de Leon habian sacado con tiempo sus riquezas y reliquias para Asturias, como refiere D. Pelayo. Conde insinúa lo mismo: «En la época 373 (el 983 de Cristo) temerosos los cristianos de Galicia de las entradas de «Almanzor, sacaron sus riquezas de las ciudades de Astorica y Leyonis y de «otras muchas, y con sus familias y ganados se retiraron á los montes.» Se ve que la cronología de estos árabes, á quienes sigue Conde, va muy separada de la nuestra. El P. Mariana se aproxima á la de los árabes, pues pone la toma de Leon en 983. (Véase Masdeu, tomo XII, § 219. — Conde, tomo I, parte 1.^a, capítulo xcviij).

² Conde, tomo I, parte 2.^a, cap. xcviij. «En el mismo año 373 (983 de Jesucristo) entró Almanzor en las fronteras de Galicia, corrió la tierra, puso cerco y entró por fuerza de espada en Medina Coyanza, destruyó sus muros, y «valiéndose de algunos cristianos principales que estaban en su compañía, como refugiados, por desavenencias que entre ellos habia, fomentó sus discordias, y entró por sus tierras hasta las marismas de Galicia, y robó la iglesia de «Zacúm, y tomó de ella muchas riquezas.» Es probable que estos traidores fuesen los Velas, de infame recuerdo en nuestra historia.

en 988 ¹, y otra en 994. «Llegó, dicen los árabes ², á las marismas «de Galicia y Bortecala (Portugal), y saqueó el templo de Santyac «y le quemó; y como antes de su llegada los Cristianos lo hubiesen «despojado de sus riquezas, por eso destruyó la ciudad cercana, y «mandó traer á Córdoba las campanas de aquella iglesia, y volvió «á Córdoba con muchos cautivos y ganados, y entró en triunfo en «la ciudad precedido de cuatro mil cautivos, mozos y doncellas, y «fue dia de gran fiesta en la ciudad, y las campanas fueron puestas «en el patio de la grande aljama.» Mal se aviene esto con lo que refiere la *Historia Compostelana* ³ de que el ejército de Almanzor, en castigo de su violacion, fue atacado de disenteria en términos que apenas llegó ninguno á Córdoba ⁴. El hecho de haberse llevado las campanas es cierto, aunque lo callan nuestros cronistas, pues el Tundense asegura que san Fernando las hizo volver á Santiago en hom-

¹ Conde, tomo I, parte 2.^a, cap. xcix, pág. 523.

² *Ibid.*, cap. c.

³ La *Historia Compostelana* en esto y en casi todo es un tejido de calumnias y desatinos. Es falso que el obispo D. Pelayo fuese un malvado, antes al contrario fue un prelado virtuoso, como probó Florez (*España sagrada*, tomo XIX, cap. vi, pág. 165) contra los franceses que escribieron aquella historia, calumniando injustamente á muchos Prelados. Es falso que acaudillase á los moros que vinieron con Almanzor el conde Rodrigo Velázquez, que hacia ocho años estaba muerto, como prueba Florez allí mismo. Es falso, finalmente, que entonces muriere Almanzor en su retirada, pues vivió todavía algunos años. ¿Qué fe merece, pues, aquella relacion compilada por extranjeros cien años despues en descrédito de España? Por ese motivo no se cita como fuente de esta época, si bien puede serlo de la siguiente.

⁴ *Per pauci ad propria redierunt*. El Monje de Silos, mucho mas veraz y creíble que los autores de la *Compostelana*, solamente dice: «Devastavit quidem «civitates, castella, omnemque terram depopulavit, usque quò pervenit ad partes maritimas occidentalis Hispaniae et Galleciae civitatem, in qua corpus Beati Jacobi Apostoli tumulatum est, destruxit. Ad sepulcrum vero Apostoli, ut «illud frangeret, ire disposuerat, sed territus rediit: Ecclesias, monasteria, palatia fregit, atque igne cremavit, Aera MXXXV. Rex coelestis memorans misericordiae suae, ultionem fecit de inimicis suis. Morte quidem subitanea et «gladio, ipsa gens Agarenorum coepit interire, et ad nihilum quotidie pervenire.» Lo único que de aquí se puede inferir es, que no llegó á violar el sepulcro del santo Apóstol, pues la destruccion del templo es indudable, y la indica el mismo Silense. Tampoco se infiere de sus palabras que la epidemia atacase á los musulmanes en el acto de la retirada.

bros de moros: en verdad que si fuera cierto que llegaron pocos á Córdoba, y estos perseguidos de cerca por los Cristianos, á fe no tuvieran los moros humor para llevar alhajas tan inútiles y pesadas. Que el delito no quedaria impune por parte del cielo, debemos creerlo; pero ¿no habian profanado los árabes otros templos del Salvador y de la Virgen y quemado mil santas reliquias, sin castigo visible del cielo por entonces? La Providencia permite á veces que los impíos destruyan los templos del Señor, porque los fieles no asisten á ellos con la reverencia debida, y les priva de lo que no merecen, ó les obliga por este medio á que respeten mas lo que estuvieron á pique de perder. ¡Cuántos deploran la ruina de algunas de nuestras hermosas basílicas, brutalmente demolidas á nuestra vista, sin que por eso se dignen asistir con reverencia á la modesta iglesia de su parroquia, en donde se venera al mismo Dios que en las grandes y magníficas!

El piadoso D. Bermudo vió con lágrimas en los ojos el destrozo causado en la santa basilica compostelana, y suministró, á pesar de la angustia de los tiempos, los medios de repararla ¹. A pesar de eso D. Pelayo infamó su memoria con cuentecillos absurdos: el hambre y la sequía que por entonces alligieron á toda España fue causada, no por la guerra, ni por las talas de cosechas y falta de sementeras, sino por la prision del obispo Gudesteo de Oviedo, causa suficiente, en concepto de D. Pelayo, para hacer ayunar á todos los moros y cristianos de España. En el empeño de calumniar á D. Bermudo II, le llama tirano, indiscreto, impío y perseguidor de Obispos: introduce el cuento de la prision de Ataulfo de Santiago, y de haberlo echado á un toro bravo, que en vez de arremeterle dejó sus cuernos en manos del Obispo. Para realzar al dicho Ataulfo le pinta rencoroso, vengativo, descortés con el Rey, y echando maldiciones á sus denunciadores, cosa harto impropia en un santo, y contraria á la lenidad episcopal y al espíritu del Evangelio. Mas ni hubo en tiempo de D. Bermudo tal obispo Ataulfo, ni hay fundamento tampoco para creer este cuento mal forjado, respecto del verdadero obispo Ataulfo, que habia muerto cien años antes que D. Bermudo II ². ¡Extrañará

¹ «Rex vero Veremundus à Domino adjutus coepit restaurare ipsum locum «Sancti Jacobi in melius.» (*Silense*, n. 68).

² Castela Ferrer trató de *falsísimo* este embuste del toro (fól. 435 de su *His-*

nadie que se trate con acrimonia á un autor que, sobre fabuloso, calumnia groseramente la memoria de nuestros reyes! El Monje de Silos, tan digno de crédito, como indigno es D. Pelayo de Oviedo, asegura, que léjos de ser indiscreto D. Bermudo, fue prudente, misericordioso y justo, amigo de obrar bien, y ajeno del mal: añade, que confirmó las leyes de Wamba, y mandó cumplir los cánones¹. Atribuye los infortunios de los Cristianos á los pecados, no del Rey, sino del pueblo: suelen atribuirse las desgracias públicas á los pecados del Gobierno, pero los que claman contra ellos, ¿tienen á la vez limpia su conciencia?

Las victorias de Almanzor no fueron solamente sobre los cántabros. La monarquía del Pirineo hubo de sufrir el peso de sus armas, y vió derrotados sus ejércitos y muerto su caudillo² en batalla (995): Cataluña vió talados sus campos y arrasadas las ciudades que le hicieron resistencia, y perdida la ciudad de Barcelona, que hubo de entregarse por capitulación. La victoria parecía encadenada á sus armas, hacia guerra todos los años á los Cristianos, y se negaba á estipular con ellos tregua alguna: parecia que Dios queria ver condenada la España á volver á los tiempos de Tarik y Muza. Pero cuando mas poderoso y confiado se hallaba Almanzor en el gran refuerzo de caballería africana que acababa de recibir, y mas apesadumbrados los Cristianos á vista de tan pujante enemigo, Dios extendió su mano, Almanzor fue herido, y sus mas valientes caudillos mordieron el pol-

toria de Santiago), y Huerta lo llamó fábula (tomo II de la *Historia de Galicia*, pág. 373). Véase el tomo 19 de la *España sagrada*, cap. VI, pág. 80 de la segunda edición.

¹ «Vir satis prudens: leges à Wambano Principe conditas, firmavit; Canones aperire jussit: dilexit misericordiam et judicium, reprobare malum studuit et eligere bonum. In diebus verò regni ejus propter peccata populi Christiani, crevit ingens multitudo Saracenorum.» El Silense distingue los países contra los cuales guerreó Almanzor en estos términos: «Haec sunt regna Francorum, regnum Pampilonense, regnum etiam Legionense.»

² Entre los principales caballeros cautivos vino preso el rey de los cristianos García-ben-Sancho (parece ser D. García el *Tremulo*), pero tan gravemente herido que murió pocos dias despues, sin que aprovecharen las medicinas y el cuidado con que Almanzor encargó su curacion. Nuestras historias no lo dicen así, pero ponen la prision y muerte del conde García Fernandez en la era 1033. (Conde, tomo I, parte 2.^a, cap. c).

vo de los campos de Caltañazor (Calat-anazor), fronteras de Castilla la Vieja. Almanzor victorioso en mas de cincuenta combates no pudo sufrir tal humillacion, y murió de coraje en Medinaceli: sobre su cadáver se echó el polvo que habia recogido en sus batallas contra los Cristianos¹. Brillante figura es la de Almanzor en nuestra historia, como guerrero, político y literato; pero su nombre es de odioso y terrible recuerdo para la religion cristiana.

§ CLXIV.

Alfonso V celebra el concilio de Leon.

El siglo XI principia bajo mejores auspicios para los cristianos de España. La muerte de Almanzor les habia librado del mas formidable enemigo: sobre el trono de Córdoba quedaba una sombra de rey en la persona de Hixem, inepto para seguir las grandes empresas de su hagib. Las ambiciones, que este habia comprimido con su mano y su política, estallan todas á la vez: los africanos llamados para auxiliares se convierten en tiranos de los árabes, y estalla entre ellos la guerra civil. El trono de los Beni-Humeyas queda destrozado, y de sus fragmentos se erigen otra multitud de pequeños solios, á los que sube el primer ambicioso que quiere titularse rey. Fácil empresa hubiera sido para los Cristianos acabar con aquellos ambiciosos y diseminados régulos, si hubieran tenido union, ó hubiera un Almanzor entre los adoradores de Cristo. Mas estos se hallaban á su vez envueltos en mezquinas rivalidades de territorio, y preferian disputarse á lanzadas las ciudades cristianas mas bien que ganar otras nuevas de entre los árabes.

Todavía en los cinco primeros lustros del siglo XI se presentan dos reyes dignos de ocupar los tronos de Leon y Navarra, D. Alfonso V y D. Sancho el Mayor. Dirigido aquel por su virtuosa madre doña Elvira, y educado por el conde Menendo Gonzalez, subió pacíficamente al trono, á pesar de no tener mas de cinco años. Luego que hubo casado con doña Elvira, ó Gelvira, hija del mismo Conde y princesa muy virtuosa, la Reina madre se retiró al monasterio de San Pelayo

¹ Cuentan los árabes que en sus expediciones llevaba una caja en que recogia cuidadosamente el polvo que traia sobre los vestidos cuando volvía del combate.